

El peligro de las (in)definiciones: apuntes para un dossier sobre la “telebasura”

Fernando de Felipe

Toda definición supone en el fondo una cierta forma de restricción. Definir algo es, en esencia, dejar fuera de “lo definido” todo lo que “por defecto” no es (ejemplo: definir “perro” implica dejar claras las diferencias que hay entre ese animal y, pongamos por caso, un gato... o una silla, tanto da). En el tema de la bien o mal llamada “telebasura”, la mayor parte de los variados y vehementes intentos de dar(le) con una definición aceptable (e invariable) se han ido estrellando uno tras otro contra una realidad (teleinvasiva, en este caso) en constante mutación.

Aparentemente, la “telebasura” es tan indefinible por ahora como lo fue en su día el ornitorrinco, esa broma pesada que Dios les gastó a los naturalistas. *Perpetuum mobile* en estado de recurrente hibridación intergenérica (la que va de los realities a determinados informativos), la “telebasura” ha terminado rentabilizando su propia (in)definición, saltando, trotona ella, del terreno vedado de los géneros y los formatos al campo (abierto y de batalla) de los contenidos éticos, los debates morales, la conveniencia política y la nece(s)idad empresarial.

La “telebasura” ha dejado de ser un estilo de programa(ción) para convertirse, por derecho y vacío legal, en una forma de entender, afrontar, amortizar y tomarse el medio. Es por eso que hemos creído necesario incluir en este apresurado dossier un tan nutrido como nutritivo rosario de opiniones que, elaboradas a tal efecto y a modo de muestra *in progress*, intentan dar con una definición que, si bien no se pretende *definitiva*, sí que aspira al menos a acorralar momentáneamente contra las cuerdas a tan escurridizo (por viscoso) concepto.

COSA TELEVISADA INFERIOR A...

Joaquim Roglan

Crític de televisió de *La Vanguardia*

Per definició, una definició mai pot ser negativa. No es pot definir el blanc com el que no és negre, ni la televisió com el que no és ràdio. Si això no és científicament possible, menys ho és definir una paraula no definida ni acceptada pel *Diccionari* de l'Institut d'Estudis Catalans. Així doncs, l'anomenada "teleescombraries" és una incorrecció, ja que les escombraries són una brutícia i totes les altres coses per llençar que s'arreglen escombrant, i la feina d'escombraria és digna i necessària. Tampoc és correcte dir "teleexcrements", perquè els excrements són una matèria que certs òrgans llancen fora del cos o també residus dels aliments que han estat digerits i que són eliminats a través de l'orifici anal. I el mateix passa amb "telefems", perquè els fems són excrements de qualsevol animal i adob format pel jaç dels animals domèstics barrejat amb llurs excrements i descompost per la fermentació. Una altra possibilitat seria dir "teleescarabat merder", "merdisser" o "baldufer", que són insectes coleòpters de la família dels escarabeids, de cos el·líptic, que s'alimenten dels excrements dels bovins, dels equins, etc., amb què fan boles que transporten fent-les rodolar a forats excavats a terra, on dipositen els ous... Però no, perquè són animalons irracionals que fan un bé al medi ambient ecològic i sostenible.

138

Per tant, con que la definició ha de ser positiva, definiria la mal anomenada "teleescombraries" com: cosa televisada de qualitat i utilitat inferiors a les escombraries, als excrements, als fems i als escarabats merdisers.

CÁTEDRA DE TELEBASURA

Víctor-M. Amela

Crític de televisió de *La Vanguardia*

La palabra "telebasura", tan plástica y sensorial que parece que huele, está vacía. No figura en diccionarios, ni en códigos penales, ni en catecismos, ni siquiera en libros de autoayuda. ¿Y si "telebasura" fuese un concepto basura? ¿De qué hablamos cuando hablamos de telebasura? ¿De gustos (criterios estéticos), de principios (criterios éticos)? Pero si ética y estética van por barrios..., ¿cómo definir "telebasura"?

Debemos retroceder hasta una cuestión previa: ¿qué es basura? Iluminados medievales postulaban que "somos un saco de

podredumbre”: basura eres tú. Eres una basura que abonará un día el planeta y que genera basura desde que nace hasta que muere: excretas humores, flatulencias, células muertas, mierda, pensamientos, palabras, decretos ley. Somos una especie basurógena que ya vomitaba huesos mondos de animales en vertederos cavernícolas hace un millón de años y hoy vomita chapapote en los océanos, y bolsas de plástico repletas de fétida basura doméstica, y basura aún más fétida que circula por las cañerías hacia el mar, y chatarra espacial que orbita sobre tu cabeza. Y también supuramos sistemas ideológicos, creencias, literatura, cúmulos de excremento y pus que comen estanterías de bibliotecas y colapsan internet. La televisión, en fin, es sólo una basura más con que salpicar el planeta.

Decir “telebasura” es acuñar una redundancia consoladora. Pero ahora me veo ya capaz de ¡dos! definiciones. Una: “Es toda televisión que uno ve avergonzándose de que pudieran verle viéndola”. Dos: “Es toda televisión a la vez muy vista y muy mal vista”. Vendrá nueva “telebasura” y será mejor.

TELEPORQUERIA/TELETONTERIA

Joan Tharrats

Crític de televisió de l'Avui

139

Quan parlem de teleporqueria, d'entrada ens trobem amb un problema de definició. Acotar el terme es fa difícil, tot i que de seguida sabem de què parlem. Però possiblement hauríem de fer una distinció entre el que podem considerar teleporqueria i el que podem definir com “teletonteria”. Diríem que actualment la televisió es decanta en un percentatge més elevat cap a la *tonteria* manifesta, sense miraments i amb l'alegria de la ingenuïtat. Són continguts especialment banals (no vol dir fàcils de produir —i aquí hauríem de deixar clar que quan parlem de formats televisius incloem el procés de producció, no es tant així quan ens referim al gènere—). Continguts no prou elaborats que busquen l'impacte mostrant-se explícits. I amb aquesta premissa l'objectiu està aconseguit. No podem dir el mateix de la teleporqueria. En aquest sentit, el terme comporta la truculència implícita, la manca d'uns valors (o la transgressió d'aquests valors) que produeix una reacció en els sentiments d'una persona o de diverses. És a dir, quan es perd la dignitat, a més del bon gust. Els *realities* solen implicar aquesta mena d'actes, especialment en programes testimonials. És aquesta teleporqueria la que fa mal d'una manera especial, mentre que la *teletonteria* degrada els continguts.

La pregunta clau és: quines causes han portat a tanta proliferació de continguts porqueria? Sobretot la por a les noves apostes. La televisió es mou com un ens biològic: davant la incertesa actua, davant la comoditat s'atrofia. La incertesa sobre les graelles que s'han d'establir ha dut a decantar-se per allò que és fàcil. Si la teleporqueria s'acomoda, esperem que s'atrofii i desaparegui. Però falta temps perquè aquesta circumstància es produeixi.

USO Y ABUSO DE LA TELEVISIÓN BASURA

Salvador Llopart

Crítico de televisión de *La Vanguardia*

Vale, no toda la tele es basura. Pero estamos de acuerdo en que la "telebasura" es un asco. Las cosas claras. Ya, pero ¿están realmente tan claras las cosas? ¿Y si eso que, a falta de una definición más exacta, denominamos "telebasura" no lo fuera tanto? ¿Y si estuviéramos equivocados? ¿Y si eso que en la tele tachamos de "chabacano", "vulgar" o "miserable" —y cuando digo "miserable" pienso directamente en propuestas como *El diario de Patricia* y otras semejantes— tuviera, a pesar de ser esencialmente eso, chabacano, vulgar y miserable, una utilización diferente, más sutil de lo que imaginamos, por parte de la audiencia?

140

Desde luego *Gran hermano* no es ni nunca será *Shoah*, porque, de entrada, no lo quiere ser. Esos programas no se miran en el género documental ni quieren reflejar realidad. De hecho, la evitan y quieren crear otra. Una realidad de ensueño, determinada por ciertas reglas dentro de un terreno definido: casa, isla, granja, lo que sea. Un terreno de juego en que, como en cualquier deporte, además de lo previsto pueda surgir el evento inesperado, ya sea el amor entre participantes o el trasero de un concursante. La sorpresa a plazo fijo, como si dijéramos, creando un espacio en el que la gente no juzga: participa. Y así, tantas otras propuestas.

En *Everything Bad Is Good for You* (Penguin, 2005), Steven Jonson habla de la curva de *El dormilón*, en referencia a la famosa escena de aquella película de Woody Allen en la que un grupo de científicos del año 2173 se sorprende de que en el siglo XX se despreciaran las hamburguesas como comida basura, con lo nutritivas que luego, para ellos, se ha demostrado que eran... Puede que sea así y que, en cuanto a la tele, también estemos cabalgando en un error semejante. Puede que, para mucha gente, la "telebasura" tenga un uso moral, ético o sociológico que ahora se nos escapa.

Se me hace difícil, si no es así, entender cómo hay gente que puede disfrutar con propuestas como *El diario de Patricia*...

UN DEBATE ALGO GRATUITO*

Fernando de Felipe

Crítico de televisión de *La Vanguardia*

Muchos de los que ahora se rasgan sus ministeriales vestiduras intentando defendernos de nosotros mismos harían bien en recordar que uno de los principales *autores intelectuales* de esta más que sospechosa *cruzada* [contra la telebasura] fue el mismísimo Aznar, auténtico *maestro* en eso de desviar la atención de lo que realmente importa haciéndonos mirar el dedo y no lo que éste señala. Según el CIS, la telebasura no figura entre los problemas que más preocupan a los españoles. ¿A qué viene entonces tanto ruido? No hay dedo en la llaga que valga. Es el dedo el que, de tanto rascar en el mismo sitio, ha terminado levantando ampollas. (...) Y es que el verdadero origen del problema es económico.

En Chile, a la "comida basura" la llaman "comida chatarra", que viene a ser lo mismo, pero con matices. Al contrario de lo que ocurre con la basura, la chatarra tan sólo aspira a ser reconvertida en mercancía por ese noble gremio de comerciantes del despojo y la escoria que son los chatarreros. Tal vez si hablásemos de *telechatarra* en vez de hacerlo de *telebasura* la crispación desaparecería de golpe y todos seríamos más felices al asumir que, más allá de agrias moralidades, espasmos políticos y endogámicos autos de fe, el verdadero motor de la tele, de la buena y de la mala, no es otro que el dinero.

141

EL TERCER BLOQUE

Bosco Palacios

Crítico de televisión de *ELECTRODUENDE*,

blog alojado en *Periodista digital* <www.electroduende.tv>

Coloquialmente, se llama televisión basura a aquella que ofrece programas que no aportan absolutamente nada, que no enriquecen, que no muestran valores al espectador. Hasta ahí queda claro que programas como *Aquí hay tomate*, *Gran hermano* o

* Publicado originalmente en *La Vanguardia* el 10 de enero de 2005.

¿*Dónde estás, corazón?* son telebasura. Hasta ahí queda claro que la telebasura es algo lógico en el mundo del trabajo, la comida y de la política basura, que, ahora especialmente, vivimos.

Curiosamente, existe otro grupo de programas que algunos no meterían en el mismo saco: *Gente, Paranoia semanal, El buscador...* Uno los ve y sabe que no está consumiendo cultura precisamente, pero hay algo velado, disfrazado de información que le hace pensar que quizá no sean censurables. En realidad, son pura basura. Programas como *Gente*, que no deberían ocupar más de media columna en las páginas de sucesos, rellenan horas de programación en una televisión pública pagada por todos. A su vez, los debates crispados sobre temas tópicos deberían quedar en charla pasajera entre desconocidos que no saben de qué hablar (“el tarot, ¿sí o no?”; “los celos, ¿empalagan o halagan?”).

Un tercer bloque de programas, mucho más peligrosos, lo forman aquellos que escapan al término porque, desde una estrategia de imagen bien planificada, se nos han vendido como transmisores de valores, programas milagrosos, de ayuda o de bien social. En él podrían entrar inmundicias como *Operación triunfo, Sorpresa, sorpresa* o *Cambio radical*. El espectador medio no siente vergüenza por reconocer que los sigue. Existe una especie de convicción social, muy peligrosa, que le hace a uno defenderlos porque se ha creído el discurso con el que se los han vendido.

Así, se cree tontamente que *OT* se diferencia de *GH* en que fomenta valores como la superación, el esfuerzo y la formación artística, cuando en realidad *GH* es menos basura que *OT*, básicamente porque no engaña. Cuando uno sigue *GH*, sabe que está viendo una pecera humana veinticuatro horas o dos personajillos bajo un edredón con conversaciones de parvulario subtituladas. Está viendo eso y solamente eso. Por esa sencilla razón, más transparente y menos cínica, no encontrarán a nadie que les defienda este espacio por la calle. *OT* fomenta la competitividad, el miedo al fracaso, el capitalismo radical y kamikaze, y proyecta la imagen de una juventud plastificada, sin personalidad y aborregada. Sin embargo, miles de padres les ponen a sus hijos como ejemplo de superación a estos *triumfitos*.

Casos como el de *Sorpresa, sorpresa* o *Cambio radical* también son defendidos por aquellos que justifican su seguimiento como programas que ayudan al espectador. Son casos de telebasura disfrazada y peligrosa. Estos programas vienen ideados para hacer un circo con los ánimos y anhelos de sus inocentes víctimas. Ofrecen una cara amable y refinada, casi samaritana, de lo que en realidad es

dolor, frustración, miseria o sencillamente NADA. Nada en absoluto.

La tele tontorrón de toda la vida es hoy un bálsamo para nuestras mentes. Que las cadenas hagan dinero por enlatarnos chistes malos o programas casposos (Moreno y sus audiencias millonarias) da para reflexionar sobre la sociedad en que vivimos, pero hacerse rico a costa del dolor y de la desgracia ajena debería ser delito. Sin concesiones para el análisis. Censura a lo pernicioso sin piedad alguna por parte del gobierno, y sin espacio para el debate sobre libertades de expresión, casi siempre comerciales. Es más grave de lo que pensamos.

De la telebasura, programas que dicen NADA, se ha pasado al *teletimo*, espacios donde se saquea el bolsillo del espectador mientras se aplaude al *teledolor*, al *teletomate*, a la *telementira*, a *teleLydiaLozano*... ¿podremos caer más bajo? Sí.

TRES DEFINICIONES

Redacción de *Vertele.com*
www.vertele.com

MIREYA MARRÓN:

"Telebasura" es el calificativo que utiliza una persona para referirse a un espacio de televisión después de haberlo pasado por su filtro particular, ya sea moral o estético, que casi siempre es subjetivo.

143

MARTÍN GÁLVEZ:

Telebasura. Dícese de los espacios televisivos que ofrecen contenidos con un evidente y flagrante engaño, montaje o manipulación, y que, sin ningún rubor, intentan mostrarlos como reales. Ejemplos: Actuales informativos de Telemadrid, *¿Dónde estás, corazón?* y el nunca visto vídeo de Paquirrín, *A tu lado* y sus inverosímiles enfrentamientos entre "grandes hermanos", las autopromociones de Cuatro sobre el supuesto éxito nacional e internacional de sus series, el comunicado de TVE sobre la censura a José M.^a García, etc.

DAVID SAIZ:

Telebasura son los programas que se hacen con poco presupuesto o que están mal hechos técnicamente (por ejemplo, sin orden, sin los vídeos adecuados o desestructurados). En mi opinión, *A tu lado* es telebasura, pero *Aquí hay tomate* o *Crónicas marcianas*, no. También lo son los que, aunque traten de temas serios, están hechos con las técnicas de hace veinte años. Es decir, *Enfoque* me parece telebasura, pero no así *59 segundos*.

LEGISLACIÓN BASURA

Félix Romeo

Escritor, autor de *Dibujos animados y Discothèque*

No debería haber regulación sobre cadenas de televisión. El estado no regula el número de *sexshops* que se abren y no debería poder controlar cuántas emisoras de televisión tienen derecho a emitir. El control del estado sobre las televisiones tiene que acabar. Hasta que no acabe ese control del estado sobre las televisiones todas las emisiones están secuestradas. No leo muchos artículos que defiendan el final de esa suerte de monopolio del estado. Por eso, toda la televisión puede ser entendida como telebasura. Producto de una legislación basura. El control del estado sobre la televisión pone de manifiesto una nostalgia patética. El control del estado sobre la televisión hace que todo lo que se piense sobre la televisión se piense en términos de control. El “Manifiesto contra la telebasura” (firmado por CC.OO., UGT, consumidores, asociaciones de vecinos...) se cerraba con estas palabras: “(...) y exigimos, como garantía de control social en una sociedad democrática, tanto la elaboración de un código ético de regulación de los contenidos televisivos como la constitución de un Consejo Superior de los Medios Audiovisuales”. Nuevas palabras para hablar de una vieja y desagradable palabra: censura.

144

La opinión más extendida es que la telebasura es ver a Tamara o a su madre durante unos cuantos minutos al día. Eso explica muchas cosas.

Lo que no se tolera de la televisión es que muestre la realidad basura, que es mucho peor que la telebasura. Es más terrible la muerte diaria de una mujer a manos de su marido que Pozí parodiando *Ama Rosa*, el culebrón franquista. Es mucho más dañina la invasión de Irak que todos los programas de *Hotel Glam* con Pocholo peleando por su mochila. Es mucho peor la caída del avión turco que todos los *talk shows* en los que se habla de “Mi hijo es un gay al que le gustan los ancianos y yo le apoyo en todo lo que puedo”. Es mucho peor el terrible accidente de Chinchilla que *La isla de los famosos*. La realidad es basura. La mayoría de los pensamientos que generamos son basura: el mayor defensor de la telebasura, Gustavo Bueno, es también defensor de la pena de muerte. La política es política basura, pendiente del *Prestige* nuestro de cada día y no de la reflexión y el análisis sobre la inmigración, el desempleo y la acción social. Nuestra vida sexual es casi siempre vida sexual basura. Nuestros pisos son pisos basura. Nuestras vacaciones

son vacaciones basura en hoteles basura en un mar basura. Nuestros empleos son empleos basura. Vivimos en un tiempo basura. La literatura es en buena medida literatura basura (también lo era en la Edad Media y en el Renacimiento y en tiempos de los griegos y en el siglo XIX: no trato de buscar aquí una edad de oro perdida). Mucha comida es comida basura. Nuestra ropa es ropa basura. Las palabras que empleamos son palabras basura. Y el cine, el teatro y buena parte del correo electrónico que recibimos es basura en estado puro.

Quienes están contra la telebasura deberían defender la desregularización y no nuevas formas de control, por mucho amparo que se busque en palabras rimbombantes, como ética. El estado no debe controlar la emisión de ideas: no debe controlar las editoriales, ni las revistas, ni los radios, ni los fanzines... el estado deberá controlar los pagos fiscales y la seguridad social de esas empresas pero no sus emisiones. Quienes están contra la telebasura deberían defender las emisiones libres. La tecnología permite que cualquiera pueda tener un centro de emisión en su casa. El fin del control no acabará con la telebasura pero multiplicará las posibilidades de emitir y recibir otras propuestas. La nostalgia del control es una nostalgia de la dictadura.

"Yo soy partidario, probablemente más que nadie, de la libre competencia, y de lo que significa competencia entre los medios, pero todo tiene que tener sus límites, y la competencia debe tener sus límites", declaró hace algún tiempo José María Aznar en Onda Cero. El presidente del partido que defiende el liberalismo económico está también a favor del control. Esta rara sintonía entre CC.OO., UGT, consumidores, asociaciones de vecinos y José María Aznar es suficiente para que la petición sea rotunda: el estado no debe controlar ni debe tener poder para restringir el número de cadenas televisivas que emitan.

Quien confunde las broncas de Patricia *Gran hermano* con Marta *Gran hermano* o la emisión de una cagada del perro de Sara Montiel en plena calle con la telebasura está más confundido que los guionistas de *Crónicas de un pueblo*, grandes defensores del Fuero de los españoles. La verdadera telebasura es la que se produce bajo la vigilancia y la tutela del estado. El derecho a la libre emisión debería ser un derecho irrenunciable en los estados democráticos.